

para dar un timo de doscientos mil francos. ¿Y tú, que hablas del mariscal Richelieu, te dejas coger tan cándidamente? ¡Cuántos doscientos mil francos te arrancaría yo de ese modo si quisiese, imbécil! Guarda tu dinero, y si te sobra, lo que te sobre me pertenece. Si le das un céntimo á esa mujer respetable que causa piedad porque tiene cincuenta y siete años, no volveremos á vernos nunca.

—La verdad es que doscientos mil francos es mucho dinero.

—¡Uf! suelen tener buen apetito las mujeres piadosas. ¡Ah! venden mejor sus sermones que nosotras lo más precioso y lo más seguro que hay en el mundo, los placeres. Hacen novelas, ¡uy! yo las conozco, porque he visto muchas en casa de mi madre. Se creen que la Iglesia se lo perdonará todo. Pero en fin, mira, deberías estar avergonzado, tú, que sueles dar tan poco, de querer desprenderte de esa suma. Apenas si me los has dado á mí en conjunto.

—¡Ah! sí—repuso Crevel.—Nada más que el palacio costará eso.

—¿De modo que tienes cuatrocientos mil francos?—le dijo ella con aire soñador.

—No.

—¿De modo que querías prestarle á esa vieja los doscientos mil francos de mi palacio? Eso sí que estaría bueno.

—Pero escúchame.

—Si al menos se los dices á alguna sociedad filantrópica, pasarías por hombre de porvenir y yo sería la primera en aconsejártelo, porque tú eres demasiado ignorante para escribir algún libro sobre política, y así podrías dar gloria á tu nombre dirigiendo algún asunto social, moral, nacional ó general. Pero no siendo por medio de la beneficencia, no harás nada. Yo quisiera ver que inventabas por doscientos mil francos alguna cosa más difícil, alguna cosa verdaderamente útil. Se hablaría de ti como de una Montyon, y yo me sentiría orgullosa; pero arrojar doscientos mil francos á la calle, prestárselos á una devota abandonada por su marido, es una estupidez que en nuestra época sólo puede germinar en el cráneo de un antiguo perfumista. Eso huele á mostrador. Dentro de dos días ni tú mismo te atreverías á mirarte al espejo. Anda, corre, vete á deshacer lo hecho y no comparezcas en mi presencia de otro modo.

Esto diciendo empujó á Crevel fuera de su cuarto, y cuando le sintió bajar por la escalera, dijo:

—Ya está Isabel más que vengada. ¡Qué lástima que esviase en casa del viejo mariscal, porque nos hubiéramos dado! ¡Ah! la vieja quiere quitarme el pan de la boca. Ya la arreglaré yo.

CAPITULO XXX

Parto duelo entre el mariscal Hulot, conde de Forzheim, y Su Excelencia el mariscal monseñor Cottin, príncipe de Wisembourg, duque de Orfano, ministro de la Guerra.

Obligado á tomar una habitación en armonía con la primera dignidad militar, el mariscal Hulot se había instalado en un magnífico palacio situado en la calle de Montparnasse, donde hay dos ó tres casas regias. Aunque había alquilado todo el palacio, sólo ocupaba el piso bajo. Cuando el conde le fué á llevarle la casa, quiso realquilar en seguida el primer piso, que daría lo suficiente para que la habitación del conde le saliese casi de balde; pero el veterano se negó á ello. Hacía algunos meses que el mariscal estaba suelto en tristes pensamientos, pues había adivinado los apuros de su cuñada, y sin penetrar la causa, sospechaba sus intenciones. Aquel anciano dotado de una serenidad tan alejada de su carácter, se volvía taciturno. Pensaba que su casa sería algún día el domicilio de la baronesa y de su hija, y les reservaba aquel primer piso. La escasez de fortuna del conde de Forzheim era tan conocida, que el ministro de la Guerra, el príncipe de Wisembourg, había obligado á su camarada á aceptar una indemnización para la instalación. Hulot empleó aquella indemnización en amueblar el piso bajo, donde todo era conveniente, pues, según decía él, no quería llevar á pie el nombre de mariscal. El palacio había pertenecido bajo el imperio, á un senador; los salones habían sido restaurados con una magnificencia, y estaban bien conservados. El mariscal había amueblado con lujo, tenía en la cochera un magnífico coche, y alquilaba caballos cuando tenía que ir *in fiocchi*, ya al ministerio ó ya al palacio, á alguna ceremonia ó á alguna recepción. Como hacía treinta años que le servía de criado un antiguo soldado de sesenta años, cuya hermana era su cocinera,

nera, podía economizar unos diez mil francos, con los cuales iba formando un pequeño tesoro destinado á Hortensia. El anciano iba á pie todos los días, de la calle de Montparnasse á la calle del Plumet, por el bulevar, y al verle todos los inválidos se cuadraban y le hacían el saludo militar, al que respondía el mariscal con una sonrisa.

—¿Quién es ese á quien usted ha saludado?—le decía un día un joven obrero á un anciano capitán de los inválidos.

—Voy á decirte, mocito—le respondió el oficial.

El muchacho se puso en la actitud del hombre que se resigna á escuchar á un charlatán.

—En 1809—dijo el inválido,—protegíamos nosotros el flanco del gran ejército mandado por el Emperador, que se encaminaba á Viena. Llegamos á un fuerte defendido por una triple batería de cañones instalados sobre una especie de roca, y que formando tres reductos, uno sobre otro, enfilaban todo el puente. Nosotros íbamos á las órdenes del mariscal Massena. El que has visto era entonces coronel de granaderos y yo iba con él... Nuestras columnas ocupaban un lado del río, y los reductos estaban al otro. Tres veces se atacó el puente, y tres veces hubo que recluir.—Que vayan á buscar á Hulot—dijo el mariscal.—Sólo él y sus hombres son capaces de tomar el puente.—Entonces llegamos nosotros. El último general que acababa de retirarse delante del puente, detiene á Hulot bajo el fuego para decirle lo que había de hacer, y nos embaraza el camino.—No necesito consejos, sino sitio para pasar—le dijo al general franqueando el puente al frente de su columna; y en seguida, una carga de veinte cañones sobre nosotros.

—¡Ah diablo!—exclamó el obrero,—debía ser una cosa grande.

—Si tú hubieses oído decir tranquilamente aquella frase como yo, créeme, pequeño, saludarías á ese hombre hasta besar la tierra. Esto no es tan conocido como lo del puente de Arcola; pero tal vez es más hermoso. Nosotros llegamos á escape con Hulot hasta las baterías.—¡Honor á los que han sobrevivido!—dijo el mariscal quitándose el sombrero. Los *Kaiserliks* quedaron aturdidos del golpe, el Emperador nombró conde al viejo á quien has visto, nos honró á todos en nuestro jefe, y el gobierno de hoy ha hecho muy bien en nombrarle mariscal.

—¡Viva el mariscal!—dijo el obrero.

—¡Oh! ya puedes gritar, porque el mariscal se ha quedado sordo de tanto oír retumbar el cañón.

Esta anécdota puede dar una idea del respeto con que trataban los inválidos al mariscal Hulot, cuyas invariables opiniones republicanas le valían las simpatías populares de todo el barrio.

La aflicción embargando aquella alma tan noble, tan pura y tan serena, era un espectáculo desolador. La baronesa, con esa astucia propia de las mujeres, sólo podía mentir y ocultar á su cuñado toda la espantosa verdad. Durante aquella desastrosa mañana, el mariscal, que dormía poco como todos los ancianos, había obtenido de Isabel confesiones acerca de la situación de su hermano, prometiéndole casarse con ella como premio de su indiscreción. Todo el mundo comprenderá el placer que tuvo la solterona, dejándose arrancar confesiones que deseaba hacer á su futuro desde su entrada en la casa, tanto más cuanto que de aquel modo consolidaba su matrimonio.

—Su hermano es incurable—gritaba Isabel en la oreja buena del mariscal.

La voz fuerte y clara de la loresena, le permitía hablar con el anciano. Es verdad que se cansaba los pulmones, pero no le importaba, porque se proponía demostrar á su futuro que nunca sería sordo para ella.

—¡Haber tenido tres queridas, teniendo á su lado una Adelina!—decía el anciano.—¡Pobre Adelina!

—Si quiere usted hacerme caso, debe aprovechar su influencia con el príncipe de Wisembourg, para lograrle á mi primo una plaza honrosa, pues buena falta le hará, teniendo como tiene el barón empeñada la paga por tres años—gritó Isabel.

—Voy á ir al ministerio á ver al mariscal para saber lo que piensa de mi hermano y para pedirle su activa protección para mi hermana. ¿Qué plaza le parece á usted digna de ella?

—Las damas de caridad de París han formado una asociación de beneficencia de acuerdo con el Arzobispo, necesitan inspectoras honrosamente retribuidas, empleadas en reconocer las verdaderas necesidades. Tal cargo convendría á mi querida Adelina, porque estaría de acuerdo con las aficiones de su corazón.

—Mande usted á buscar caballos—dijo el mariscal,—yo voy á vestirme. Si es preciso iré á Neully.

—¡Cuánto la amal Así, la habré de encontrar yo siempre en todas partes—se dijo la loresena.

Isabel imperaba ya en la casa, cuando el mariscal no estaba presente; había inspirado temor á los tres criados, se había procurado una camarera y desplegaba su actividad de solterona, haciéndose dar cuenta de todo, examinándolo todo y buscando en todo el bienestar de su querido mariscal. Tan republicana como su futuro, Isabel le gustaba mucho al militar por sus ribetes democráticos, lo adulaba con una habilidad prodigiosa, y de dos semanas á aquella parte, el militar, que vivía mejor y que se veía cuidado como un niño por su madre, acabó por ver en Isabel una parte de su sueño.

—Mi querido mariscal—le gritaba, acompañándole hasta la puerta,—levante las cortinillas de las puertas y evite las corrientes; hágalo, hágalo por mí.

El mariscal, aquel solterón que no había sido nunca mimado, aunque llevaba el corazón lacerado de dolor, no pudo menos de sonreír á Isabel.

En aquel mismo momento, el barón de Hulot dejaba las oficinas de la Guerra y se trasladaba al despacho del mariscal, príncipe de Wisembourg, que le había mandado llamar. Aunque no tuviese nada de particular que un ministro llamase á uno de sus directores generales, la conciencia de Hulot estaba tan enferma, que vió no sé qué de siniestro y frío en la cara de Mitouflet.

—Mitouflet, ¿cómo está el príncipe?—preguntó cerrando su despacho y uniéndose al ordenanza, que le iba delante.

—Debe tener algo contra usted, señor barón—le respondió el ordenanza,—porque su voz, su mirada y su cara, denotan la tormenta.

Hulot se puso lívido, guardó silencio, atravesó la antesala y los salones, y llegó á la puerta del despacho con grandes palpitaciones de corazón. El mariscal, que contaba á la sazón setenta años, con los cabellos completamente canos y con la cara tostada como los ancianos de esa edad, llamaba la atención por una frente tan espaciosa, que la imaginación parecía ver en ella un campo de batalla. Bajo aquella cúpula gris, cargada de nieve, brillaban, sombreados por el pronunciado saliente de dos tupidas cejas, unos ojos de un azul napoleónico, ordinariamente tristes y llenos de pensamientos y de amargas penas. Aquel rival de Bernadotte había esperado ocupar un trono. Sus ojos se convertían en dos for-

midables rayos cuando algún sentimiento grande se pintaba en ellos. La voz, cavernosa casi siempre, lanzaba entonces estridentes sonidos. Encolerizado el príncipe, se convertía en soldado, hablaba el lenguaje del subteniente Cottin, y no tenía en cuenta nada. Hulot de Hervy vió á aquel viejo león con los cabellos desmelenados cual la crin de un caballo, de pie ante la chimenea, con las cejas fruncidas, el hombro apoyado en el mármol y los ojos distraídos en apariencia.

—Aquí estoy á vuestras órdenes, príncipe mío—dijo Hulot con amabilidad y aire desenvuelto.

El mariscal miró fijamente al director sin decirle palabra, durante todo el tiempo que echó en llegar del umbral de la puerta á dos pasos de él. Aquella mirada de plomo fué como la mirada de Dios. Hulot no pudo soportarla, bajó los ojos en actitud confusa, y pensó:

—Lo sabe todo.

—¿No le dice á usted nada su conciencia?—dijo el mariscal con voz sorda y grave.

—Príncipe mío, me dice que probablemente he hecho mal en hacer *razzias* á Argelia sin consultarle. A mi edad y con mis gustos, después de cuarenta y cinco años de servicio, carezco de fortuna. Usted conoce los principios de los cuatrocientos elegidos de Francia. Esos señores envidian todas las posiciones, han escatimado el sueldo de los ministros, que es decirlo todo, y cualquiera les va á pedir dinero para un anciano servidor. ¿Qué esperar de gentes que pagan tan mal como lo está la magistratura, y que dan á los obreros del puerto de Tolón seis reales diarios, cuando hay imposibilidad material de que ninguna familia pueda vivir allí con menos de dos pesetas, y que no reflexionan en la atrocidad de los sueldos de los empleados con seiscientos, mil y mil doscientos francos en París? ¿Qué esperar de gentes que desean para sí nuestras plazas cuando son de cuarenta mil francos, y que niegan, en fin, un bien de la corona, confiscado á la corona, cuando se les pide para un príncipe pobre?... Si no tuviese usted fortuna, príncipe mío, le dejarían como á mi hermano, con su sueldo pelado, sin acordarse de que salvó al gran ejército conmigo, en las llanuras pantanosas de Polonia.

—Usted ha robado al Estado, usted se ha expuesto á ir á la cárcel, como cajero del Tesoro, y ¿toma todo eso con esa frescura?—le dijo el mariscal.

—¡Qué diferencia, monseñor!—exclamó el barón Hulot.
—¿He metido yo acaso las manos en la caja que me estaba confiada?

—Cuando se cometen semejantes infamias, se resulta culpable dos veces. Usted ha comprometido innoblemente nuestra administración, que era hasta ahora la más pura de Europa. Y total por doscientos mil francos y por una pérdida—dijo el mariscal con voz terrible.—Usted es consejero de estado, y se castiga con la muerte al simple soldado que vende los efectos del regimiento. He aquí lo que me dijo un día el coronel Poutin, del regimiento de lanceros: En Saverna uno de sus hombres amaba á una alsaciana, que deseaba un chal; la tunanta hizo tanto, que aquel pobre lancero, que debía ser ascendido á sargento y que era el honor del regimiento, vendió efectos de su compañía para regalar el chal... ¿Sabe usted lo que hizo el lancero, señor barón de Ervy? Se comió los vidrios de una ventana, después de machacarlos, y murió á las once horas en el hospital... Procure usted morir de una apoplejía para que podamos salvarle el honor.

El barón miró al anciano guerrero con ojos extraviados, y el mariscal, al ver aquella actitud que revelaba un cobarde, sintió el rubor en sus mejillas y sus ojos se encendieron.

—¿Sería usted capaz de abandonarme?—le dijo Hulot balbuceando.

En este momento, como el mariscal Hulot hubiese sabido que su hermano y el ministro estaban solos, se permitió entrar y, como todos los sordos, se fué directamente hacia al príncipe.

—¡Oh!—gritó el héroe de la campaña de Polonia.—Ya sé lo que vienes á hacer, amigo mío; pero todo es inútil.

—¿Inútil?—replicó el mariscal Hulot que no oyó más que esta palabra.

—Sí, vienes á hablarme por tu hermano; pero ¿sabes tú lo que es tu hermano?

—¿Mi hermano?—preguntó el sordo.

—Sí—gritó el mariscal.—Es un lairón indigno de tí.

Esto diciendo, la cólera del mariscal le hizo lanzar aquellas miradas fulgurantes que, al igual que las de Napoleón, vencían todas las voluntades y abrasaban todos los cerebros.

—Has mentido, Cottin,—respondió el mariscal Hulot poniéndose lívido.—Olvida tus galones como yo olvidé los míos, y dispónete á batirte.

El príncipe se encaminó hacia su compañero, le miró fijamente, y le dijo al oído, estrechándole la mano:

—¿Eres un hombre?

—Ya lo verás.

—Pues bien, reúne tus fuerzas y dispónete á sufrir la mayor desgracia que le puede ocurrir á un hombre.

El príncipe se volvió, tomó una carpeta de encima de la mesa, y la puso en manos del mariscal Hulot, gritándole:

—Lee.

El conde de Forzheim leyó la siguiente carta que estaba sobre la carpeta:

Al Excmo. Sr. Presidente del Consejo.

(Confidencial)

Argel.....

Mi querido príncipe: Tenemos entre manos un malísimo negocio, como puede usted ver por los documentos que le envío.

En resumen, que el barón Hulot de Ervy ha enviado á la provincia de O... á un tío suyo, para traficar con los granos y forrajes, procurándole la complicidad de un guardaalmacén. Este guardaalmacén ha hecho confesiones para hacerse el interesante, y ha acabado por evadirse. El fiscal ha llevado el negocio con toda severidad, y Johan Fischer, tío del Director general, al verse amenazado de ir á presidio, se ha dado muerte en la cárcel con un clavo.

Todo habría acabado aquí si este hombre digno y honrado, engañado seguramente por su sobrino y por su cómplice, no hubiese escrito al barón Hulot. Esta carta, que llegó á la Audiencia, asombró tanto al fiscal, que éste vino á verme. Sería un golpe tan terrible el arresto y procesamiento de un Consejero de Estado, de un Director general que cuenta tan buenos y leales servicios, pues nos salvó á todos después del Beresina, reorganizando la administración, que he hecho que me entregasen todas las piezas.

¿Debe seguir su curso este asunto, ó se hace condenar al guardaalmacén en rebeldía, toda vez que ha muerto el principal culpable visible?

El fiscal consiente en que las piezas os sean remitidas, y estando el barón de Ervy domiciliado en París, el proceso responderá á esa jurisdicción. Aunque no es completa-

mente legal, hemos encontrado el medio de salir, por el momento, de esta dificultad.

Lo único que le recomiendo, mi querido mariscal, es que tome pronto una resolución. Se habla ya demasiado de este deplorable asunto, que nos haría mucho daño si la complicidad del gran culpable, que sólo es aún conocido por el fiscal, por el juez de instrucción y por mí, llegase á hacerse pública.»

Al llegar aquí, el papel cayó de las manos del mariscal Hulot, el cual miró á su hermano, buscó la carta de Juan Fischer y se la tendió después de haberla leído en un segundo.

«En la prisión de O...

»Sobrino mío: Cuando lea usted esta carta ya no existirá.

»No tema que se encuentren pruebas contra usted. Muerto yo y habiendo logrado escaparse el jesuita Chardin, el proceso quedará suspendido. La figura de nuestra Adelina, tan feliz por usted, me ha hecho la muerte más grata. Ya no necesita usted enviarme los doscientos mil francos. Adiós.

»Esta carta le será entregada por un detenido con quien creo que puedo contar.

»JUAN FISCHER.»

—Le pido á usted mil perdones—dijo con conmovedora altivez el mariscal Hulot al príncipe de Wisembourg.

—¡Vamos, sigue tuteándome, Hulot!—replicó el ministro estrechando la mano de su viejo amigo.

—¿Cuánto ha tomado usted?—dijo severamente el conde de Forzheim á su hermano.

—Doscientos mil francos.

—Amigo querido—dijo el conde dirigiéndose al ministro, —antes de cuarenta y ocho horas tendrá usted los cuarenta mil francos. Jamás podrá decirse que un hombre que lleva el nombre de Hulot ha perjudicado en lo más mínimo á la cosa pública.

—¡Qué niñería!—dijo el mariscal. Yo sé dónde están los doscientos mil francos y voy á hacer que los restituyan. Presente usted su dimisión y pida su retiro—repuso tendiendo una hoja de papel al Consejero de Estado, cuyas piernas temblaban.—Este proceso sería una vergüenza para todos nosotros, así es que el Consejo de ministros me ha fa-

ultado de completa libertad para obrar en este asunto. Puesto que acepta usted la vida sin honor y sin mi estimación, una vida degradada, tendrá usted el retiro que le corresponda; pero procure usted hacerse olvidar.

El mariscal llamó y dijo:

—¿Está ahí el empleado Marneffe?

—Sí, monseñor—dijo el ordenanza.

—Que entre.

Y al verle entrar, le dijo:

—Usted y su mujer han arruinado á ciencia cierta al barón de Ervy, que está aquí presente.

—Señor ministro, yo le ruego que me dispense, nosotros somos muy pobres, yo sólo tengo el sueldo para vivir y tengo dos hijos, el menor de los cuales es, en realidad, del señor barón.

—¡Qué cara de pillo!—dijo el príncipe al mariscal Hulot, señalando á Marneffe. —Basta de discursos; ó devuelva usted los doscientos mil francos ó va usted á parar á Argel.

—Pero, señor ministro, usted no conoce á mi mujer que se lo ha comido todo. El señor barón invitaba todos los días seis personas á comer. Se gastaban en mi casa cincuenta mil francos anuales.

—Retírese; dentro de dos horas recibirá usted la orden de su traslado.

—Prefiero presentar la dimisión—dijo insolentemente Marneffe marchándose.

—¡Qué pillo más sinvergüenza!—dijo el príncipe.

El mariscal Hulot, que había permanecido de pie, inmóvil, pálido, examinando á su hermano á hurtadillas, fué á tomar la mano del príncipe y le repitió:

—Dentro de cuarenta y ocho horas el daño material quedará reparado, pero el honor no. Adiós, mariscal, este es el último golpe que mata, sí, á mí me acarrearé la muerte—le dijo al oído.

—¿Por qué diantre has venido esta mañana?—le respondió el príncipe conmovido.

—Venía por su mujer, que no tiene pan que llevarse á la boca, y sobre todo ahora—replicó el conde señalando á Héctor.

—Tiene su retiro.

—No, porque está empeñado.

—Se necesita tener el diablo en el cuerpo—dijo el príncipe.

cipe encogiéndose de hombros. — Pero ¿qué filtro le dan á usted esas mujeres para quitarle así el sentido? — le preguntó á Hulot de Ervy. — Usted que conoce la minuciosa exactitud con que la administración francesa lo escribe todo, consumiendo resmas de papel para hacer constar la entrada y la salida de unos cuantos céntimos; usted, que deploraba que fuesen preciso centenares de firmas para un nada, para librar un soldado, para comprar estribos, ¿cómo podía usted esperar ocultar el robo durante mucho tiempo? ¿Y los periódicos? ¿Y los envidiosos? ¿Y las gentes que desean siempre saber? ¿Os quitan el sentido esas mujeres? ¿os ponen una venda en los ojos? ¿ó es que es usted distinto de los demás? Era preciso que dejase el servicio del estado cuando se convención que dejaba de ser hombre. Si ha sido usted tan tonto en la comisión de los crímenes, no quiero decirle dónde acabará.

— Prométeme ocuparte de ella — dijo al conde Forzheim, quien no oía nada y que sólo pensaba en su cuñada.

— No tengas cuidado — dijo el ministro.

— Bueno, gracias y adiós. Venga usted conmigo, caballero — le dijo á su hermano.

El príncipe miró con aparente tranquilidad á los dos hermanos en su actitud, en su carácter y en su conformación, al valiente y al cobarde, al voluptuoso y al rígido, al honrado y al concusionario, y se dijo:

— Ese cobarde no sabrá morir, y mi pobre Hulot, tan probo, lleva la muerte en el alma.

Dicho esto se sentó en un sofá y reanudó la lectura de la correspondencia de Africa, haciendo un movimiento que denotaba á la vez la sangre fría del capitán, la piedad que engendra el espectáculo del campo de batalla, pues no hay nadie en realidad más humano que los militares, tan rudos en apariencia y á quienes el hábito de la guerra comunica ese frío glacial tan necesario en los campos de batalla.

Al día siguiente, algunos periódicos contenían estos diferentes artículos:

«El señor barón Hulot de Ervy acaba de pedir su retiro. Los desórdenes en la contabilidad de la administración argelina, que causaron la muerte y la huida de dos funcionarios, han influido en la determinación tomada por este funcionario. Al saber las faltas cometidas por empleados en quienes desgraciadamente había depositado su confianza, el

señor barón Hulot sufrió en el despacho mismo del ministro un ataque de parálisis. El señor Hulot de Ervy, hermano del mariscal, cuenta cuarenta y cinco años de servicios. Esta resolución, combatida en vano, ha sido vista con pena por todos los que conocen al barón Hulot, cuyas cualidades privadas igualan al mérito de su talento de empleado. Nadie ha olvidado la abnegación del ordenador en jefe de la guardia imperial en Varsovia, ni la actividad maravillosa con que ha sabido organizar los diferentes servicios del ejército improvisado en 1815 por Napoleón.

»Es otra de las glorias imperiales que van á abandonar la escena. Desde 1830, el señor barón Hulot no ha cesado de ser uno de las lumbreras necesarias en el Consejo de Estado y en el Ministerio de la Guerra.»

«Argel. — El asunto llamado de los forrajes, al que algunos periódicos dieron proporciones ridículas, ha terminado con la muerte del principal culpable. El señor Juan Fischer se ha matado en la cárcel, y su cómplice ha huido, pero será juzgado en rebeldía.

»Fischer, antiguo abastecedor de los ejércitos, era un hombre honrado y muy estimado que no ha podido soportar la idea de haber sido engañado por el señor Chardin, guardalmacén huido.»

En las gacetillas de París se leía esto:

«Para evitar en lo sucesivo todo desorden, el Ministro de la Guerra ha resuelto crear una oficina de subsistencias en Africa. Se designa al señor Marneffe para ir á encargarse de esta nueva oficina.»

«La plaza del barón Hulot excita todas las ambiciones. Al parecer, esta dirección está prometida al conde Marcial de la Roche Hugon, diputado, cuñado del señor conde de Rastignac. El señor Massol, refrendario, será nombrado consejero de Estado, y el señor Claudio Vignon, refrendario.»

De todas las especies de *bolas*, la más peligrosa para los periódicos es la *bola* oficial. Por astutos que sean los periodistas, resultan á veces engañados, voluntaria e involuntariamente, por la habilidad de aquellos que, como

Claudio Vignon, han pasado de la prensa á las elevadas regiones del poder. El periódico sólo puede ser vencido por el periodista.

CAPÍTULO XXXI

La partida del padre pródigo

El mariscal Hulot se llevó á su hermano, el cual, antes de entrar en el coche se mantuvo en la portezuela, dejando que pasase primero su hermano mayor. Ni uno ni otro cambiaron palabra: Héctor estaba anonadado. El mariscal permaneció pensativo, como hombre que procura reunir sus fuerzas para soportar un peso abrumador. Al llegar á su palacio, sin pronunciar palabra y hablando únicamente por gestos, indicó á su hermano que entrase en su despacho. El conde había recibido del Emperador un magnífico juego de pistolas fabricadas en Versalles, y sacando de un secreter la caja que las contenía, en la cual se veía grabada la inscripción: «Regaladas por el Emperador al mariscal Hulot», y mostrándosela á su hermano, le dijo:

—He aquí tu médico.

Isabel, que miraba esta escena por la puerta entreabierta, corrió al coche y dió orden al cochero de que la llevase á escape á la calle de Plumet. A los veinte minutos próximamente, ya estaba de vuelta con la baronesa, después de haber enterado á ésta de la amenaza hecha por el mariscal á su hermano.

El conde, sin mirar á su hermano, llamó á su factótum, veterano que le servía hacía treinta años, y le dijo:

—Beaupied, vete á buscar á mi notario, al conde Steimbock, á mi sobrina Hortensia y al agente de cambio del Tesoro. Son las diez y media y á las doce quiero que todo el mundo esté aquí. Toma los coches que necesites—añadió haciendo la terrible mueca que tan atentos ponía á sus soldados cuando él examinaba los retamas de Bretaña en 1799 (véanse *Los Chuanes*).

—Mariscal, se cumplirán sus órdenes—dijo Beaupied haciendo el saludo militar.

Sin ocuparse de su hermano, el anciano volvió á su des-

pacho, tomó una llave escondida en su secreter y abrió una cajita de malaquita con incrustaciones de acero, regalo del emperador Alejandro. Por orden del emperador Napoleón, Hulot había ido á devolver al Emperador ruso algunos objetos de su propiedad, cogidos en la batalla de Dresde, por los cuales esperaba Napoleón obtener Vandamme. El Czar recompensó espléndidamente al mariscal Hulot, regalándole aquella cajita, y le dijo que esperaba poder tener algún día ocasión de obsequiar de igual modo al Emperador de los franceses, pero conservó Vandamme. Sobre la cubierta de aquella caja guarnecida toda de oro, se veían grabadas también en oro, las armas imperiales de Rusia. ¡El mariscal poseía ciento cincuenta y dos mil francos! y al verlo dejó escapar un movimiento de satisfacción. En aquel momento, entró la señora Hulot en un estado capaz de enternecer á jueces políticos, y se arrojó sobre Héctor, contemplando alternativamente con mirada extraviada, la caja de las pistolas y al mariscal.

—¿Qué tiene usted contra su hermano? ¿qué le ha hecho mi marido?—dijo la esposa con voz tan vibrante, que el mariscal la oyó.

—¡Nos ha deshonrado á todos!—respondió el veterano de la República, haciendo un esfuerzo tan grande, que volvió á abrir una de sus heridas.—¡Ha robado al Estado! Ha hecho mi nombre odioso, me hace desear la muerte, me ha matado... sólo me quedan fuerzas para llevar á cabo la restitución. He sido humillado ante el Condé de la República, ante el hombre á quien más estimo, al cual he dado injustamente un mentís, ante el príncipe de Wisembourg... ¿Es esto nada? He aquí tu cuenta con la patria.

Esto diciendo, se enjugó una lágrima y repuso:

—Ahora le toca á su familia. Os roba el pan que yo os guardaba, el fruto de treinta años de economías, el tesoro producto de las privaciones del veterano. ¡He aquí lo que os destinaba!—dijo enseñando los billetes de banco.—Ha matado á su tío Fischer, noble y digno alsaciano, que no pudo soportar como él la idea de una mancha sobre su nombre de aldeano. En fin, Dios, llevado de inaudita clemencia, le permitió escoger por mujer á un ángel, tener por esposa una aldeana, y él le ha sido infiel, ha amargado su vida á fuerza de penas, la ha abandonado por perdidas, por tantanas, por actrices, por bailarinas, por Cadines, por Josefás, por Marceffes. ¿Eres tú el ser á quien yo consideraré como hijo y en

quien cifraba todo mi orgullo? Anda, desgraciado, sal, si tienes valor para aceptar la vida infame que te has preparado. Yo no tengo fuerza para maldecir á un hermano á quien tanto quise, y soy con él tan débil como usted misma, Adelina; pero que no vuelva á parecer en mi presencia. Le prohibo asistir á mi entierro, seguir mi ataúd. Si no tiene remordimientos, que tenga al menos el pudor del crimen...

El mariscal, que se había puesto lívido, se dejó caer sobre el diván de su despacho, agobiado de pena, después de pronunciar estas solemnes palabras, y por la primera vez de su vida tal vez, dos lágrimas brotaron de sus ojos y surcaron sus mejillas.

—¡Pobre tío Fischer!—exclamó Isabel, llevándose el pañuelo á los ojos.

—Hermano mío—dijo Adelina, yendo á arrodillarse ante el mariscal,—viva usted para mí, ayúdeme en la obra que voy á emprender para reconciliar á Héctor con la vida y hacer que se enmiende de sus faltas.

—¡Él!—dijo el mariscal,—si vive, aún no ha acabado de cometer crímenes. Un hombre que ha desconocido á una Adelina y que ha perdido los sentimientos de verdadero republicano, aquel amor al país, á la familia y al pobre, que yo me esforzaba por inculcarle, ese hombre es un monstruo, un marrano... Si le ama usted aún, lléveselo de aquí, porque siento en mi interior una voz que me dice que cargue las pistolas y le levante la tapa de los sesos. Matándole os salvaré á todos y le salvaré á él mismo.

El anciano mariscal se levantó en una actitud tan temible, que la pobre Adelina exclamó:

—¡Ven, Héctor!—y cogiendo á su marido se lo llevó y abandonó aquella casa, arrastrando tras sí al barón en un estado tan deplorable, que se vió obligada á tomar un coche para transportarlo á la calle de Plumet, llegados á la cual, él se metió en cama en seguida. Aquel hombre casi aniquilado, permaneció varios días en el lecho, negándose á tomar todo alimento sin decir palabra. A fuerza de lágrimas, Adelina lograba que tomase algunos caldos y le velaba sentada á la cabecera de su cama, sintiendo en el corazón una piedad profunda, único sentimiento que la embargaba de todos los que poco antes habían engendrado en ella la conducta de su marido.

A las doce y media, el notario y el conde de Steimbock

habían introducidos en el despacho del mariscal por Isabel, la cual estaba tan asustada al ver los cambios que se operaban en el militar, que no le dejaba un momento.

—Señor conde—dijo el mariscal,—yo le ruego que dé á mi sobrina, su mujer, la autorización necesaria para vender una inscripción de rentas que son de su propiedad. Señorita Fischer, espero que usted consentirá esta venta renunciando al usufructo.

—Sí, querido conde—dijo Isabel sin titubear.

—Bien, querida mía—respondió el veterano,—espero vivir bastante para poder recompensarla.—No dudaba de usted, es usted una verdadera republicana, una hija del pueblo—añadió tomando la mano de la solterona y besándosela.—Señor Hanequin—repuso dirigiéndose al notario,—haga usted inmediatamente el poder, de modo que esté para las diez, á fin de poder vender la renta hoy mismo en la bolsa. Mi sobrina, la condesa, vendrá á firmar el poder tan pronto como usted lo traiga, lo mismo que esta señorita, y respecto al señor conde le acompañará á su casa para darle la firma.

A una seña de Isabel, el artista saludó respetuosamente al mariscal y salió.

A las diez de la mañana del día siguiente, el conde de Forzheim se hizo anunciar en casa del príncipe de Wissembourg y fué recibido inmediatamente.

—¡Hola! mi querido Hulot—dijo el mariscal Cottin presentando unos periódicos á su viejo amigo,—ya ve usted que hemos cubierto las apariencias... Lea.

El mariscal Hulot colocó los periódicos sobre la mesa de su antiguo camarada y le tendió doscientos mil francos, diciéndole:

—He aquí lo que mi hermano ha robado al Estado.

—¡Qué locura! exclamó el ministro.—Nos es imposible operar esta restitución—añadió tomando la trompetilla que le presentó el mariscal y hablándole al oído,—nos veríamos obligados á confesar las concusiones de su hermano y hemos hecho ya todo lo posible para ocultarlas.

—Hagan ustedes lo que les parezca, pero yo no quiero que en la fortuna de la familia Hulot haya un céntimo robado al Estado—dijo el conde.

—Seguiré las órdenes del rey respecto á este punto. No podemos más de esto—respondió el ministro reconociendo la imposibilidad de vencer la sublime testarudez del anciano.

—Adiós, Cottin—dijo el anciano tomando la mano del príncipe de Wisembourg,—siento mi alma helada.

Después de haber dado un paso, se volvió, miró al príncipe, que pareció sumamente emocionado, abrió los brazos para estrecharlo entre ellos, y el príncipe abrazó al mariscal.

—Al decirte adiós á ti, me parece que me despido de todo el gran ejército.

—Adiós, pues, amigo mío—dijo el ministro.

—Sí, adiós, porque me voy al mismo sitio en que están todos aquellos soldados que tanto hemos llorado.

En aquel momento entró Claudio Vignon. Los dos viejos despojos de las falanges napoleónicas saludaron noblemente haciendo desaparecer toda huella de emoción.

—Príncipe mío, debe usted estar contento de los periódicos—dijo el futuro refrendario.—Me las he compuesto de modo que he hecho creer á todos los periódicos de oposición que publican nuestros secretos.

—Desgraciadamente todo es inútil—replicó el ministro mirando al mariscal que se alejaba.—Acabo de dar un último adiós que me ha hecho mucho daño. Al mariscal Hulot no le quedan tres días de vida; bien lo vi yo ayer. Ese hombre que es una de esas honradeces divinas, un soldado que fué respetado por las balas, á pesar de su bravura, recibió ayer en aquel sofá el golpe mortal por conducto de un papel. Llame usted y diga que me traigan el coche. Me voy á Neulli—dijo guardando los trescientos mil francos en su cartera de ministro.

A pesar de los cuidados de Isabel, tres días después, el mariscal había muerto. Tales hombres son la honra de los partidos á que pertenecen. Para los republicanos, el mariscal era el ideal del patriotismo; así es que acudieron todos á su entierro, que fué seguido de una multitud inmensa. El ejército, la administración, la corte, el pueblo, todo el mundo fué á rendir el último homenaje á aquella acrisolada virtud, á aquella intacta probidad, á aquella gloria tan pura. No todo el que quiere puede llevar al pueblo á su entierro. Aquellas exequias fueron uno de los testimonios llenos de delicadeza, de buen gusto y de corazón que recuerdan de tarde en tarde los méritos de la nobleza. Detrás del ataúd del mariscal se vió al anciano marqués de Montauran, hermano de aquel que había sido desgraciado adversario de Hulot en el

levantamiento de los chuanes en 1799. Al morir herido por las balas de los azules, el marqués había confiado los intereses de su joven hermano al soldado de la república (véanse *Los Chuanes*) Hulot cumplió tan bién el testamento verbal que le confió el noble, que logró salvar los bienes de aquel joven emigrado entonces. Así se concibe que el homenaje de la antigua nobleza francesa no faltara al soldado que nueve años antes había vencido á Madame.

Esta muerte, ocurrida cuatro días antes de la última proclama de matrimonio, fué para Isabel el rayo que incendia la mies amontonada en la granja. Como ocurre frecuentemente, la fortuna había logrado demasiado. El mariscal había muerto á consecuencia de los golpes que ella y la señora de Marneffe habían dado á aquella familia. El odio de la solterona, que pareció apaciguado con el éxito, creció al ver todas sus esperanzas frustradas. Isabel fué á llorar de rabia á casa de la señora de Marneffe, pues habiendo subordinado el mariscal la duración de su arriendo á la de su vida, se encontró sin domicilio. Para consolar á la amiga de su Valeria, Crevel tomó sus economías, les añadió alguna cosa y colocó aquel capital al 5 0/0, haciendo cesión del usufructo á la solterona de la propiedad á Celestina. Gracias á esta operación, Isabel poseyó dos mil francos de renta vitalicia. Al hacer el inventario se encontraron cuatro letras del mariscal dirigidas á su cuñada, á su sobrina Hortensia y á su sobrino Victorino encargándoles que diesen mil doscientos francos de renta vitalicia á la que debía ser su mujer, á la señorita Isabel Fischer.

Al ver al barón entre la vida y la muerte, Adelina logró quitarle durante algunos días la defunción del mariscal; pero Isabel se presentó vestida de luto, revelando así la fatal verdad á los once días de los funerales. Este terrible golpe revivió energía al enfermo, el cual se levantó, encontró á su familia en el salón, vestida de luto, y al verla permaneció silencioso. En quince días, Hulot, que se había quedado como un espectro, no era ni sombra de lo que había sido.

—Hay que tomar una decisión—dijo con apagada voz, sentándose en un sofá y contemplando aquella reunión en la cual faltaban Crevel y Steimbock.

—No podemos seguir aquí—advirtió Hortensia en el momento en que su padre apareció,—el alquiler es demasiado caro.

—Respecto á la cuestión de albergue—dijo Victorino rompiendo aquel penoso silencio—yo ofrezco á *mi madre...*

Al oír estas palabras que parecían excluirle, el barón levantó la cabeza y dirigió al abogado una deplorable mirada. Los derechos del padre son siempre tan sagrados, aun cuando sea un infame y esté despojado del honor, que Victoriano se detuvo.

—A su madre...—repuso el barón.—Tiene usted razón, hijo mío.

—La habitación de nuestro pabellón que está sobre la nuestra—dijo Celestina acabando la frase de su marido.

—¿Os molesto, hijos míos?—preguntó el barón con la amabilidad de las gentes que se condenan á sí mismas.—¡Oh! no temáis, porque en lo sucesivo ya no tendréis que quejáros de vuestro padre.

El barón hizo una seña á Isabel, y al acudir ésta la besó en la frente. Después se retiró á su cuarto, adonde le siguió Adelina en medio de la mayor inquietud.

—Adelina, mi hermano tenía razón—le dijo tomándole la mano.—Yo soy indigno de la vida de familia. Sólo desde el fondo de mi corazón me he atrevido á bendecir á mis pobres hijos, cuya conducta ha sido sublime. Diles que no he podido hacer más que abrazarles, porque de un hombre infame, de un padre que se convierte en asesino y azote de su familia, una bendición, en lugar de ser la protección y la gloria, podía ser funesta. Pero los bendeciré de lejos todos los días. Respecto á ti, sólo Dios, que es todopoderoso, puede proporcionarte recompensas proporcionadas á tus méritos... Te pido perdón—dijo arrodillándose ante su mujer, cogiéndole las manos y regándoselas con sus lágrimas.

—¡Héctor! ¡Héctor! tus faltas son grandes, pero la misericordia divina es infinita y puedes repararlo todo permaneciendo conmigo. Procura inspirarte en sentimientos cristianos, amigo mío... Yo soy tu mujer y no tu juez. Yo soy tu cosa, haz de mí lo que quieras y llévame adonde tú vayas, que yo me siento con fuerza para consolarte y para hacerte soportable la vida á fuerza de cuidados, de respeto y de amor. Nuestros hijos están establecidos y no necesitan de mí. Déjame ser tu distracción, tu diversión. Permíteme participar de las penas de tu destierro y de tus miserias para mitigarlas. Yo siempre te serviré de algo, aunque sólo sea para ahorrarte el sueldo de una criada.

—¿Me perdonas, mi querida y amada Adelina?

—Sí, pero levántate, amigo mío.

—Pues bien, con este perdón podré vivir—repuso levantándose.—He entrado en nuestro cuarto para que nuestros hijos no fuesen testigos del rebajamiento de su padre. ¡Ah! por todos los días ante sí á un padre, á un criminal como soy yo, es algo espantoso que aniquila el poder paterno y diluvela la familia. Yo no puedo, pues, permanecer entre vosotros, y os dejo para ahorraros el odioso espectáculo de un padre sin dignidad. No te opongas á mi huida, Adelina, porque eso sería cargar tú misma la pistola con que me he de levantar la tapa de los sesos... No me sigas tampoco á mi destierro, porque me privarías de la única fuerza que me queda, la del remordimiento.

La energía de Héctor impuso silencio á la moribunda Adelina. Esta mujer tan grande en medio de tantas ruinas, sentía renacer su valor con su unión con su marido, le veía vivo y percibía la sublime misión de consolarle, de devolverle á la vida de familia y de reconciliarle consigo mismo.

—Héctor, ¿quieres dejarme morir de desesperación, de ansiedad y de inquietud?—dijo la esposa al ver que iba á perder el principio de su fuerza.

—Volveré, ángel descendido del cielo para mí; volveré rico, al menos en buena posición. Escucha, mi buena Adelina, yo no puedo permanecer aquí por una multitud de razones. En primer lugar, mi pensión, que será de diez mil francos, está empeñada por cuatro años; de modo que no tengo nada. No es esto sólo, dentro de unos días dictarán contra mí auto de prisión, á causa de las letras de cambio que suscribí á Baubinet. Así es que tengo que ausentarme de esta que mi hijo, á quien voy á dar instrucciones precisas, haya rescatado esas letras. Mi desaparición facilitará mucho el arreglo. Cuando mi pensión esté libre, cuando Baubinet haya cobrado, volveré á vuestra compañía. Tú descubrirías el secreto de mi destierro. No temas, no llores, Adelina. Sólo se trata de un mes de ausencia.

—¿Adónde vas? ¿qué harás? ¿qué será de ti? ¿quién te cuidará á ti, que no eres ya joven? Déjame desaparecer contigo, vamos al extranjero.

—Bueno, ya veremos—respondió Héctor.

El barón llamó, dió orden á Marieta de que reuniese sus efectos y que los metiese en unas maletas, y después de

abrazar á su mujer con una efusión á que ésta no estaba acostumbrada, le rogó que le dejase solo un momento para escribirle á Victorino las instrucciones necesarias, prometiéndole que no saldría de casa hasta la noche en compañía suya. Tan pronto como la baronesa hubo vuelto al salón, el astuto anciano se fué por el gabinete tocador á la antesala, y salió entregando á Marieta un pedazo de papel, en el cual había escritas las siguientes instrucciones: «Dirija usted mis maletas al señor Héctor, Corbeill, lista». El barón, que había tomado un coche, corría ya por París cuando Marieta fué á enseñar á la baronesa aquel papel, diciéndole que el señor acababa de salir. Adelina se trasladó al cuarto temblando más que nunca, y sus hijos, asustados, no tardaron en unírsele á ella al oír un grito penetrante. Se levantó á la baronesa desmayada, y fué preciso meterla en la cama, presa de una fiebre nerviosa que la mantuvo un mes entre la vida y la muerte.

—¿Dónde está?—era la única palabra que se obtenía de ella.

Las indagaciones de Victorino fueron infructuosas. He aquí por qué. El barón se había hecho conducir á la plaza del Palais Royal. Allí, aquel hombre, que recobró todo su ingenio para realizar un proyecto meditado durante los días que había permanecido en la cama anonadado de dolor y de pena, atravesó el Palais Royal y se fué á tomar un coche de alquiler á la calle del Joquelet. Cumpliendo las órdenes recibidas, el cochero entró en la calle de la Ville L'Eveque y penetró en el palacio de Josefa, cuyas puertas se abrieron á la vista de aquel espléndido coche. Llevada por la curiosidad, Josefa salió: su ayuda de cámara le había dicho que un anciano impotente, incapaz de dejar el coche, le rogaba que bajase un instante.

—Josefa, soy yo.

La ilustre cantante sólo por la voz reconoció á su Hulot.

—¡Cómo! ¿eres tú, pobre viejo mío? Palabra de honor que te pareces á las monedas de veinte francos lavadas por los judíos alemanes y rechazadas por los cambistas.

—¡Ay de mí! sí—respondió Hulot,—salgo de los brazos de la muerte. Pero tú sigues tan hermosa como siempre. ¿Serás buena?

—Según, todo es relativo—repuso ella.

—Escúchame—repuso Hulot.—¿No podrías albergarme

algunos días en un cuarto de las buhardillas? Estoy sin céntimo, sin esperanzas, sin pan, sin mujer, sin hijos, sin asilo, sin honor, sin valor y sin amigos, y lo que es peor aún, amenazado de ir á la cárcel.

—¡Pobre viejo! ¡Cuánto *sin!* ¡Estás también sin calzones?

—¡Tú te ríes, pero estoy perdido!—exclamó el barón.—¿Contaba contigo como Gourville con Ninón.

—Según me han dicho, es una mujer de mundo la que te ha puesto de este modo—le dijo Josefa.—Las farsantes encienden más que nosotras en eso de desplumar pavos... ¡Oh! ¿Estás como un esqueleto abandonado por los cuervos.

—Josefa, el tiempo urge.

—¡Entra, viejo mío! estoy sola y mis criados no te conocen. Despide tu coche. ¿Lo has pagado ya?

—Sí—dijo el barón bajando apoyado en el brazo de Josefa.

—Si quieres, pasarás por mi padre,—dijo la cantante apiadada, al mismo tiempo que conducía á Hulot á un salón donde ella le había visto la última vez.—Viejo mío, ¿es verdad que mataste á tu hermano y á tu tío, que arruinaste á tu familia, que hipotecaste la casa de tus hijos, y que te comiste algo de gobierno en Africa?

El barón inclinó tristemente la cabeza.

—Está bien, me gusta esto—exclamó Josefa levantándose de un salto de entusiasmo.—Eso es una *quema* general, es Sardanaña, es grande, es completo. Podrá ser uno canalla, pero yo tenía corazón. Yo prefiero un despilfarrador apasionado como tú por las mujeres, que no esos fríos banqueros de alma que se dicen virtuosos y que arruinan á millares de familias con sus rails, que son de oro para ellos y de hierro para los tontos. Tú no has hecho más que arruinar á los tontos, sólo has dispuesto de ti y tienes la disculpa física y moral de que lo has hecho por la Venus.

Hulot se veía absuelto por el vicio, el cual le sonreía en el reflejo de su desenfrenado lujo. La grandeza de los crímenes era allí, como para los jurados, una circunstancia atenuante.

—¿Es guapa, al menos, tu mujer de mundo?—preguntó la cantante procurando distraer á Hulot, cuyo dolor le causaba un peso.

—Casi tanto como tú—le respondió astutamente el barón.

—Y me han dicho que es muy farsante. ¿Qué te hacías? ¿Eres más original que yo?

—No hablemos de eso—dijo Hulot.

—Dicen que ha engatusado á mi Crevel, al pequeño Steimbock y á un magnífico brasileño.

—Es muy posible.

—Vive en un palacio tan bonito como este, que la regaló Crevel. Esa tunanta es mi preboste, porque acaba á aquellos que yo he comenzado. Viejo mío, ahí tienes por qué tengo tanta curiosidad por saber cómo es. La vi un día en el bosque, en coche, de lejos. Carabina me ha dicho que es una *ladrona acabada*, que intenta comerse á Crevel; pero dudo que pueda, porque Crevel es un pájaro que dice siempre que sí, pero que no hace más que lo que le acomoda. Es vanidoso, apasionado y frío para dar dinero. No hay medio de sacarle más que de mil á tres mil francos mensuales, pues es de esos que se detienen ante los gastos excesivos, como asnos delante de un río. No es como tú, viejo mío; tú eres un hombre apasionado, capaz de vender á tu patria. Mira, por eso estoy dispuesta á hacerlo todo por ti. Tú me has lanzado á la vida, eres mi padre, y esto siempre es sagrado. ¿Qué necesitas? ¿Quieres diez mil francos? Seré capaz de exterminarme por buscártelos. Respecto á mesa y habitación, no tienes que preocuparte, eso no es nada. Tendrás aquí cubierto todos los días, puedes ocupar un cuarto del segundo piso, y te daré cien escudos mensuales para el bolsillo.

El barón, conmovido ante aquella recepción, tuvo un último arranque de nobleza, y dijo:

—No, no, hermosa mía; no he venido para que me mantengas.

—A tu edad, no es pequeño triunfo.

—He aquí lo que deseo, hija mía: tu duque de Herouville tiene inmensas propiedades en Normandía, y quisiera ser su administrador con el nombre de Thoul. Tengo capacidad y honradez, pues aunque haya robado al gobierno, soy incapaz de tomar un céntimo de una caja.

—¡Eh, eh!—dijo Josefa,—el que hace un cesto hace un ciento.

—En fin, lo único que deseo es vivir desconocido durante tres años.

—Eso es cuestión de un instante—dijo Josefa.—Esta noche, después de comer, no tengo más que hablarle. El duque se casaría conmigo si yo quisiese; pero tengo su fortuna y prefiero su cariño. Es un duque de la alta escuela. Aunque

enano, es noble, distinguido y grande como Napoleón y Luis XIV juntos. Además, yo he hecho con él como la Schontz con Rochefide: gracias á mis consejos, acaba de ganar dos millones. Pero escúchame, viejo mío. Yo te conozco, sé que te gustan las mujeres y que vas á correr allá abajo detrás de las normandas, que son muy guapas, hasta que algún padre ó algún marido te rompa un hueso y el duque se vea obligado á despacharte. ¿Acaso no veo yo, por la manera que tienes de mirarme, que aún sigues siendo *joven*? Esta administración no es lo que te conviene. Mira, viejo mío, no se renuncia tan fácilmente á París y á nosotras. En Herouville, te morirás de aburrimiento.

—¿Qué hacer, pues?—preguntó el barón.—Porque yo solo quiero permanecer en tu casa el tiempo necesario para tomar una determinación.

—Vamos á ver, ¿quieres que te diga yo lo que opino? Mira, viejo, tú necesitas mujeres, porque esto te consolará de todo. Escúchame bien. En la calle de Saint-Maur del Temple, conozco yo una pobre muchacha que posee un tesoro. Una niña más bonita que yo cuando tenía diez y seis años. ¡Ah! ¡cómo se te encandilan ya los ojos! La pobre trabaja 16 horas al día bordando telas, y gana ochenta céntimos diarios, cinco céntimos por hora, una miseria. Come como los irlandeses, patatas y pan cinco veces á la semana, bebe agua del Ourcq porque la del Sena es demasiado cara, y no puede establecerse por su cuenta por falta de seis ó siete mil francos. Haría ella lo indecible por tenerlos. Tu familia y tu mujer te aburren, ¿verdad?... es claro. Al venir á menos, no es posible ser nada donde se ha sido dios. Un padre sin dinero y sin honor es un muñeco.

El barón no pudo menos de sonreír al oír estas atroces bromas.

—Ahora bien, la pequeña Bijou vendrá mañana á traerme una bata bordada, una preciosidad en la que han empleado seis meses de trabajo. La Bijou me quiere porque le doy golosinas y ropa, y envío bonos de pan, de carne y de leña á su familia, la cual se dejaría quemar por mí. En fin, yo procuro hacer el bien, porque sobradamente sé lo que sufrí cuando tenía hambre. La Bijou me ha hecho algunas confidencias íntimas y por ella sé que la pobrecilla sueña con llevar bonitos trajes como los míos y sobre todo con ir en coche. Yo le diré: «Hijita mía, ¿querías un señor...»

¿qué edad tienes? ¿setenta y dos?—dijo interrumpiéndose.

—Yo ya no tengo edad.

—«¿Quieres, le diré, á un señor de setenta y dos años, muy limpio, que no toma tabaco, que está sano como una manzana y conservado como un joven? Te casarás con él por detrás de la iglesia, él vivirá alegremente con vosotros, os dará siete mil francos para que os establezcáis por vuestra cuenta, te amueblará toda una habitación de caoba, y si eres juiciosa te llevará alguna vez al teatro. Te dará cien francos al mes para ti y cincuenta francos para el gasto.» Yo conozco la Bijou y sé que es como yo cuando tenía catorce años, que salté de alegría cuando aquel abominable Crevel me hizo estas atroces proposiciones. Ahora bien, viejo, así estarás arreglado por tres años. Ella es juiciosa y honrada, y tendrá ilusión contigo tres ó cuatro años, no más.

Hulot no dudaba, estaba decidido á negarse; pero para darle las gracias á la buena y excelente cantante que hacía el bien á su modo, pareció titubear entre el vicio y la virtud.

—¡Ah!—te quedas frío como una losa en diciembre—repuso ella asombrada.—Mira, de este modo harás la dicha de una familia compuesta de un abuelo que trota, de una madre que se mata trabajando y de dos hermanas, una de ellas muy fea, que ganan entre las dos seis reales diarios estropeándose la vista. Esto compensará la desgracia que has causado en tu casa, y así purgarás tus faltas divirtiéndote como una entretenida en Marville.

Para poner término á aquella seducción, Hulot hizo el gesto de contar dinero.

—No te apures por los medios—repuso Josefa.—Mi duque te prestará diez mil francos: siete mil para una tienda de bordados á nombre de la Bijou y tres mil para muebles, y además, cada tres meses te dará seiscientos cincuenta francos. Cuando recobres tu pensión, le devolverás al duque esos diez mil francos. Entre tanto, serás feliz y ocuparás un escondite en el que ni la policía será capaz de encontrarte. Te pondrás una levita de paño y tendrás todo el aspecto de un propietario acomodado del barrio. Llámate Thoul si quieres, y yo te presentaré á la Bijou como un tío mío llegado de Alemania y serás mimado como un dios. ¿Quién sabe, papá? Tal vez no eches nada de menos. Si por casualidad te aburrieses, conserva algunas de tus ropas y así podrás venir aquí algún día á comer conmigo y á pasar la velada.

—¡Y yo que quería hacerme virtuoso, moderado! Mira, haz que me presten veinte mil francos y me voy á hacer fortuna á América, siguiendo el ejemplo de mi amigo Aiglemont, cuando Nucingen lo arruinó.

—¡Tú!—exclamó Josefa.—Deja esas costumbres para los tenderos, para los plebeyos franceses que sólo saben hacerse valer mediante la virtud. Tú has nacido para ser algo más. Tú eres como hombre lo que yo soy como mujer.

—La noche le hace á uno reflexionar. Mañana hablaremos de todo eso.

—Vas á comer con el duque; mi Herouville te recibirá cortésmente, cual si hubieses salvado al Estado, y mañana te casarás. Vamos, alegría, viejo mío. La vida es un vestido; cuando está sucio se cepilla, cuando está agujereado se rebinda; pero la cuestión es estar siempre vestido el mayor tiempo posible.

Esta filosofía del vicio y sus atractivos, disiparon las cruces y penas de Hulot.

Al día siguiente, á las doce, después de un suculento almuerzo, Hulot vió entrar á una de esas animadas obras maestras de París, única ciudad en el mundo que puede fabricarlas, á causa del incesante concubinato que existe en ella del lujo y de la miseria, del vicio y de la honradez, del deseo reprimido y de la tentación renaciente, todo lo cual la convierte en heredera de Nínive, de Babilonia y de Roma imperial. La señorita Olimpia Bijou, muchachita de diez y seis años, tenía el rostro sublime que Rafael creó para sus virgenes, y unos ojos dotados de una inocencia enristrecida por excesivo trabajo, ojos negros y soñadores, provistos de largas pestañas y cuya humedad era secada por el ardiente fuego de la noche laboriosa y de la fatiga, tez de porcelana casi enfermiza, boca como una granada entreabierta, un seno voluptuoso, formas llenas, manos bonitas, dientes de esmalte y cabellos negros y abundantes. Vestía la joven un traje de indiana de setenta y cinco céntimos el metro, llevaba un cuello bordado, zapatos de piel sin clavos, y guantes de á dos pesetas. La niña, que no conocía su valor, se había vestido con la mayor elegancia posible para ir á casa de la gran dama. El barón, presa otra vez de las garras de la voluptuosidad, sintió que toda su vida se le escapaba por los dedos y lo olvidó todo ante aquella sublime criatura.

—Se garantiza su virginidad y su honradez—le dijo Jo-

sefa al oído.—He aquí lo que es París, eso mismo he sido yo.

—Hecho—replicó el anciano levantándose y frotándose las manos.

Cuando Olimpia Bijou se hubo marchado, Josefa miró al barón con aire malicioso y le dijo:

—Papá, si no quieres tener disgustos, sé severo como un fiscal, y tenle corta la brida á la pequeña. Cuidado con los Augustos, con los Hipólitos, con los Néstores, porque una vez que se haya vestido bien y que esté bien alimentada, la niña será otra cosa. Voy á ver si acabo de arreglarte. El duque hace bien las cosas: te presta, es decir, te da diez mil francos y pone ocho en casa de su notario, el cual quedará encargado de darte seiscientos cada trimestre, porque yo te tengo miedo. ¿No soy buena?

—¡Adorable!

Diez días después de haber abandonado á su familia, en el momento en que ésta, arrasada en lágrimas, estaba agrupada en torno del lecho de Adelina moribunda, la cual decía con voz débil: «¿Qué hace?» Héctor, bajo el nombre de Thoul, se hallaba con Olimpia en la calle de Saint-Maur, al frente de un establecimiento de bordados, bajo la sinrazón social Thoul y Bijou.

CAPÍTULO XXXII

La espada de Damocles

Victorino Hulot recibió de la desgracia que se encarnizaba con su familia esa última lección que perfecciona ó desmoraliza al hombre. Se hizo perfecto. En las grandes tempestades de la vida, se imita á los capitanes que afrontan las tormentas aligerando de las más pesadas mercaderías al buque. El abogado perdió su orgullo interior, su visible aplomo, sus aires de orador y sus pretensiones políticas. En fin, que fué como hombre lo que su madre como mujer. Resolvió aceptar á su Celestina, que no realizaba ciertamente sus sueños, y juzgó sanamente la vida viendo que la ley común le obliga á uno á contentarse en todo con las aproximaciones. Le causó tanto horror la conducta de su padre, que se juró á sí mismo cumplir con sus deberes. Estos sen-

cimientos se fortificaron á la cabecera del lecho de su madre el día en que ésta quedó salvada. Esta primera dicha no vino sola. Claudio Vignon, que iba todos los días de parte del ministro á enterarse del estado de la señora Hulot, rogó al diputado reelegido que le acompañase á casa del príncipe de Wisembourg, diciéndole:

—Su Excelencia desea tener una conferencia con usted sobre asuntos de su familia.

Victorino Hulot y el ministro se conocían hacía ya tiempo; así es que el mariscal le recibió con su amabilidad característica y de buen augurio.

—Amigo mío—le dijo el viejo guerrero,—en este despacho juré á su tío el mariscal que cuidaría de su madre. Me han dicho que esa santa mujer va á recobrar la salud, y creo llegado el momento de curar sus llagas. Tengo doscientos mil francos para usted y voy á entregárselos.

El abogado hizo un gesto digno de su tío el mariscal.

—Tranquílcese usted—dijo el príncipe sonriéndose.—Es un fideicomiso. Mis días están contados, yo no estaré siempre aquí y le ruego que tome esta suma y que me reemplace en el seno de su familia. Puede usted servirse de ese dinero para pagar las hipotecas que gravan sobre su casa. Estos doscientos mil francos pertenecen á su madre y á su hermana. Si yo diese esta suma á la señora Hulot, su ceguera por su marido me haría temer que los dispase, y la intención de los que la dan es que sea el pan de la señora Hulot y de su hija, la condesa Steimbock. Usted es un hombre juicioso, digno hijo de su noble madre, y digno sobrino de mi amigo el mariscal. Querido amigo, no crea usted que no es aquí apreciado lo mismo que en otros sitios. Sea usted, pues, el ángel tutelar de su familia y acepte el legado de su tío el mío.

—Monseñor—dijo Hulot tomando la mano del ministro estrechándosela,—los hombres como usted saben que el agradecimiento de palabras no sirve nada, que el agradecimiento se prueba.

—Pruébeme usted el suyo—dijo el veterano.

—¿Qué es preciso hacer?

—Aceptar mis proposiciones—dijo el ministro.—Quieren nombrarle á usted abogado de lo Contencioso de guerra, abogado consultor de la prefectura de la policía y consejero de la lista civil. Estos tres cargos le darán á usted diez y